

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Cómo criar un niño de voluntad firme» del autor Dr.
James Dobson.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/como-criar-a-un-ni-o-de-voluntad-firme>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



ÍNDICE

	<i>Prefacio</i>	vii
UNO	La voluntad bulliciosa y poco refinada	1
DOS	Algunas madres cuentan sus historias	15
TRES	¿Qué los hace ser como son?	39
CUATRO	Cómo darle forma a la voluntad	57
CINCO	Proteja el espíritu	75
SEIS	El error más común.	89
SIETE	Adapte la disciplina a las necesidades de los niños. . .	107
OCHO	El castigo corporal y el niño de voluntad firme.	137
NUEVE	Hermanos amargados y hermanas hoscas	161
DIEZ	El adolescente de voluntad firme	175
ONCE	Cómo tratar al niño con TDAH.	219
DOCE	Una palabra final de aliento	241
	Notas	253

LA VOLUNTAD BULLICIOSA Y POCO REFINADA

EN UNA ÉPOCA, el hogar de la familia Dobson estaba conformado por un papá y una mamá, un niño y una niña, un hámster, un loro, un solitario pececito dorado, y dos gatos totalmente neuróticos. Todos vivíamos juntos en relativa armonía con un mínimo de conflictos y luchas. Pero había otro miembro de nuestra familia que era menos amable y cooperador. Era un terco perro salchicha de seis kilos llamado Sigmund Freud (Siggie), quien con toda sinceridad creía ser el dueño del lugar. Me han dicho que todos los perros salchicha tienden a ser independientes, pero Siggie era un revolucionario empedernido. No era un perro malo ni bravo; simplemente quería manejar las cosas, y él y yo nos enfrascamos en una lucha por el poder que duró toda la vida de nuestro perro.

Siggie no sólo era testarudo, sino que no contribuía con su parte en la familia. No traía el periódico en las mañanas que hacía frío; rehusaba buscar la pelota que los niños le lanzaban; no mantenía nuestro jardín libre de ardillas de tierra; y no hacía ninguno de los trucos que hacen la mayoría de los perros de cría. Y lamentablemente, Siggie se negaba a participar en los programas de superación propia que yo iniciaba a su favor. Él se contentaba con pasar trotando por la vida, mojando y oliendo y ladrándole a todo lo que se moviera.

Sigmund no era siquiera un buen perro guardián. Este hecho fue confirmado la noche que nos visitó un merodeador que entró al patio de nuestra casa a las tres de la mañana. Me desperté de golpe de un profundo sueño, salí de la cama, y caminé a tientas por la casa sin encender las

lucos. Yo sabía que había alguien en el patio, y Siggie también lo sabía, ¡porque el cobarde estaba agazapado detrás de mí! Después de escuchar a mi corazón dando vuelcos por unos cuantos minutos, extendí mi mano para agarrar la perilla de la puerta que da al patio. En ese instante, el portón del jardín se abrió y se cerró si hacer ruido. Alguien había estado parado a un metro de distancia de mí, y ese alguien ahora estaba rebuscando en mi garaje. Siggie y yo tuvimos una pequeña conversación en la oscuridad y decidimos que él debía ser el que investigara el problema. Abrí la puerta de atrás y le ordené a mi perro: «¡Ataca!». ¡Pero Siggie ya había tenido un ataque! Él estaba allí sacudiéndose y temblando tanto que ni siquiera pude empujarlo para que saliera por la puerta de atrás. En medio del ruido y la confusión que siguieron, el intruso se escapó (lo que fue del agrado, tanto del hombre como del perro).

Por favor, no me malentiendan: Siggie era un miembro de nuestra familia, y nosotros lo amábamos mucho. Y a pesar de su naturaleza anarquista, finalmente le enseñé a obedecer unas cuantas órdenes sencillas. Sin embargo, tuvimos algunas batallas clásicas antes que él se rindiera de mala gana a mi autoridad. El mayor enfrentamiento ocurrió

cuando yo había estado en la ciudad de Miami para una conferencia de tres días. Cuando regresé me di con la sorpresa de que Siggie se había convertido en el jefe de la casa mientras yo estaba ausente. Pero no me di cuenta, sino hasta más tarde esa noche, cuán fuertes eran sus sentimientos en cuanto a su nueva posición de capitán.

A las once de aquella noche, le dije a Siggie que se fuera a su cama, la cual era un lugar cercado en la sala de estar. Durante seis años, yo le había dado esa orden a Siggie al final de cada día, y él la había obedecido. En aquella ocasión, sin embargo, rehusó cumplir. Él estaba en el baño, sentado cómodamente sobre la tapa del inodoro que estaba cubierta con



un material suave. Ése era su lugar favorito en la casa, porque le permitía disfrutar del calor de un calentador eléctrico que estaba cerca. Por cierto, Siggie aprendió por experiencia propia que era muy importante que la tapa estuviera puesta antes de saltar. Nunca voy a olvidar la noche que aprendió esa lección. Él entró corriendo como un rayo del frío y se lanzó por los aires, y casi se ahoga antes que yo lo pudiera sacar de allí.

La noche de nuestra gran batalla, le dije a Sigmund que saliera de su asiento calentito y que se fuera a dormir. En lugar de hacerlo, agachó las orejas y con lentitud volvió su cabeza hacia mí. Él se afirmó en el lugar colocando una pata en el borde de la tapa del inodoro, luego encorvó los hombros, levantó los labios para mostrar las muelas a ambos lados de su boca, y emitió el gruñido más amenazador que pudo. Ésa era la forma de Siggie de decirme: «¡Lárgate!».

Ya había visto esta actitud desafiante antes, y sabía que tenía que enfrentarla. La única manera de hacer que Siggie obedeciera era amenazándolo con la destrucción. Ninguna otra cosa daba resultado. Me di vuelta y fui a mi armario a buscar un pequeño cinturón que me ayudara a «razonar» con el viejo Sig. Mi esposa, que estaba observando cómo se desarrollaba el drama, me dijo que tan pronto como salí, Siggie saltó al suelo desde su pedestal y miró por el pasillo para ver adónde había ido yo. Entonces se colocó detrás de ella y gruñó.

Cuando regresé, le mostré el cinturón y le dije al enojado perro que se fuera a su cama. Él no cedió terreno, así que le di con el cinturón en la parte trasera de su cuerpo, y él trató de morder el cinturón. Le apliqué el castigo de nuevo, y trató de morderme. Lo que siguió a continuación es imposible de describir. Ese perrito y yo tuvimos la peor pelea que se pueda imaginar entre hombre y bestia. Peleé con él hasta sacarme de quicio, y los dos arañábamos y gruñíamos. Todavía siento vergüenza cuando me acuerdo de esa escena. Centímetro a centímetro lo llevé hacia la sala de estar y a su cama. Como una maniobra final desesperada, Siggie saltó sobre el sofá y se puso en un rincón dando su protesta final con un gruñido. Finalmente lo pude meter en su cama, ¡sólo porque peso noventa y seis kilos más que él!

A la noche siguiente esperaba otra ronda de combate a la hora en que Siggie tenía que acostarse. Sin embargo, para sorpresa mía, él aceptó mi orden sin debatirla ni quejarse, y simplemente trotó hacia la sala de estar en perfecta sumisión. De hecho, nunca más Siggie y yo tuvimos un enfrentamiento «hasta las últimas consecuencias».

Ahora me queda claro que aquella primera noche, en su forma de actuar canina, Siggie me estaba diciendo: «No creo que seas lo suficientemente fuerte como para hacerme obedecer». Tal vez parezca que estoy humanizando el comportamiento de un perro, pero creo que no estoy haciendo eso. Los veterinarios confirman que algunas razas de perros, especialmente los perros salchicha y los pastores, no aceptarán el liderazgo de sus amos hasta que la autoridad humana haya pasado la prueba de fuego y haya demostrado ser digna de ejercer autoridad. Yo le hice entender eso a Siggie con un encuentro decisivo, y fuimos buenos amigos durante el resto de su vida.

Éste no es un libro acerca de la disciplina de los perros. Sin embargo, hay un aspecto importante en mi historia que es de gran relevancia para el mundo de los niños. Así como está claro que un perro a veces va a desafiar la autoridad de sus líderes, un niño tiene la inclinación de hacer lo mismo, pero con más frecuencia. Ésta no es una observación de poca importancia, por cuanto representa una característica de la naturaleza humana que se les ha escapado a muchos expertos que escriben libros sobre el tema de la disciplina. Cuando escribí este libro hace veinticinco años, casi no existía literatura para los padres o maestros que reconociera de manera adecuada la lucha (el enfrentamiento de las voluntades) que a los niños de voluntad firme parece encantarles. Muy rara vez estos niños aceptan el liderazgo adulto sin desafiarlo; debe ser probado y hallado digno antes de que se le respete. Éste es uno de los aspectos frustrantes en la crianza de los hijos que los padres y las madres deben descubrir por sí mismos.

LA JERARQUÍA DE LA FORTALEZA Y EL VALOR

¿Por qué algunos niños, especialmente los que son de voluntad firme, tienen un temperamento tan agresivo? Una de las respuestas simplistas (en el capítulo 3 hay una explicación más completa) es que refleja la admiración que los niños sienten por la fortaleza y el valor. En algunas ocasiones van a desobedecer la instrucción de sus padres con el propósito específico de probar la determinación de los que están a cargo. ¿Por qué? Porque el asunto de quién es el «más fuerte» tiene para ellos gran importancia. Esto ayuda a explicar la popularidad de los superhéroes, Robin Hood, Tarzán, el Hombre Araña y Supermán, en el folklore de los niños. También explica por qué a menudo se jactan: «¡Mi papá le puede pegar a tu papá!». (Un niño dijo en respuesta a esto: «Eso no es nada, ¡mi mamá también le puede pegar a mi papá!»).

Cuando un niño se muda a un nuevo vecindario o asiste a una nueva escuela, por lo general tiene que pelear (ya sea verbal o físicamente) para establecerse en la jerarquía en cuanto a fortaleza. Este respeto por el poder y el valor también hace que los niños quieran saber lo fuertes que son sus líderes. Así que, si usted es padre, abuelo, líder de una organización de Niños Exploradores, conductor de un autobús escolar o maestro de escuela, le puedo garantizar que tarde o temprano, uno de los niños bajo su autoridad va a apretar su pequeño puño y lo va a desafiar. Al igual que Siggie a la hora de acostarse, le va a decir a su manera: «No creo que seas lo suficientemente fuerte como para hacerme obedecer». Es mejor que esté preparado para probarle que está equivocado en ese momento, o el desafío va a darse una y otra vez.

Este juego desafiante, que yo llamo «Desafiar al Jefe», puede ser jugado con sorprendente destreza por niños muy pequeños. Un padre me contó de una vez que llevó a su hija de tres años a un partido de baloncesto. La niña, como es de esperar, estaba interesada en todo lo que había en el gimnasio menos en el evento atlético. El padre le permitió que anduviera por el lugar y que caminara por las gradas, pero le dio límites específicos en cuanto hasta dónde se podía apartar de él. La tomó de la mano y la llevó a un lugar pintado con una franja blanca en el piso del gimnasio. «Puedes jugar por todo el lugar, Juanita, pero no pases de esta raya», le ordenó. No estaba todavía sentado en su lugar cuando la pequeña salió disparada en dirección al territorio prohibido. Ella se detuvo en el borde de la línea por un momento, luego le lanzó una sonrisa rápida por encima del hombro a su padre, y deliberadamente puso un pie sobre la línea como diciendo: «¿Qué vas a hacer en cuanto a esto?». Prácticamente, a todos los padres del mundo les han hecho esa pregunta alguna vez.

El género humano en su totalidad sufre de la misma tendencia hacia la desobediencia voluntariosa que mostró esta niña de tres años. Su comportamiento en el gimnasio no es tan diferente del desatino de Adán y Eva en el huerto de Edén. Dios les había dicho que podían comer cualquier cosa en el huerto menos el fruto prohibido («no pases de esta línea»). Y sin embargo, ellos desafiaron la autoridad del Todopoderoso desobedeciendo en forma deliberada su mandamiento. Tal vez esta tendencia a la obstinación sea la esencia del pecado original que se ha infiltrado en la raza humana. Ciertamente explica por qué enfatizo tanto en la respuesta apropiada al desafío voluntarioso durante la niñez, porque esa rebelión puede plantar las semillas del desastre personal. La maleza



que crece a partir de ella puede llegar a convertirse en un bosque enmarañado durante los turbulentos años de la adolescencia.

Cuando un padre rehúsa aceptar el desafío atrevido de su hijo, algo cambia en la relación entre ambos. El niño comienza a mirar a sus padres sin respeto; no son dignos de su lealtad. Lo que es más importante, el niño se pregunta por qué le permiten que haga cosas tan dañinas si en realidad lo aman. La paradoja más grande de la adolescencia es que los jóvenes quieren ser guiados por sus padres, pero insisten en que sus padres se ganen el derecho a hacerlo.

Para beneficio de aquellos lectores que nunca han experimentado tal enfrentamiento, permítanme describirles cómo normalmente se forma un niño o niña resuelto. Cuando nace, se ve aparentemente igual a su hermano o hermana más complaciente. Pesa tres kilos y medio y depende por completo de las personas que lo cuidan. De hecho, no podría sobrevivir más de un día o dos sin la atención de esas personas. Los bracitos y piernitas incapaces cuelgan sin rumbo en las cuatro direcciones, pareciendo ser una ocurrencia tardía de Dios. ¡Qué cuadro de vulnerabilidad e inocencia es este niño!

¿No es sorprendente, considerando este comienzo, lo que sucede en veinte cortos meses? El niño ahora pesa más de doce kilos y se muere por entrar en acción. Este niño que no podía sostener su propio biberón hace menos de dos años, ahora tiene el valor de mirar a su padre, que pesa noventa kilos, directamente a la cara y decirle que se vaya a freír espárragos. ¡Qué audacia! Es obvio que hay algo en lo profundo de su alma que anhela el control. Él se esforzará para obtenerlo por el resto de su vida.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, vivíamos cerca de alguna de estas fierecitas. En aquel entonces tenía tres años y ya tenía a su madre perpleja y abrumada. La lucha de voluntades había terminado. Él había ganado. Sus palabras descaradas a su madre y a cualquier persona que se interponía en su camino eran legendarias en el vecindario. Entonces un día mi esposa lo vio montado en su triciclo yendo hacia la calle, lo cual le dio pánico a su madre. Vivíamos en una curva y los automóviles daban la vuelta por allí a gran velocidad. La mujer salió corriendo de su casa y lo alcanzó cuando el niño pedaleaba por la calle. Ella tomó el manubrio del triciclo y le cambió la dirección, y el niño perdió el control.

«¡Quita tus manos cochinas de mi triciclo!», le gritó. Sus ojos echaban chispas de furia. Mientras Shirley observaba incrédula, esa mujer



hizo lo que se le dijo que hiciera. La vida de su hijo estaba en peligro y, sin embargo, esta madre no tuvo el valor de hacer que su hijo la obedeciera. Él continuó andando por la calle, mientras ella corría detrás, esperando que no pasara una desgracia.

¿Cómo es posible que un niño de tres años pudiera arremeter contra su madre de treinta años de esta manera? Era obvio que ella no tenía ni idea de cómo manejarlo. Simplemente, él era más duro que ella, y ambos lo sabían. Esta mujer de modales suaves había dado a luz un niño de voluntad de hierro que estaba dispuesto a pelear con cualquiera que tratara de ponerlo en vereda, y usted puede estar seguro que los recursos emocionales y físicos de esta madre se agotaban constantemente debido a las travesuras de su hijo. Perdimos contacto con esta familia, pero estoy seguro que los años de la adolescencia de este niño no fueron nada buenos.

UNA LECCIÓN EN EL SUPERMERCADO

Cuando pensé acerca de las características de los niños sumisos y los niños insolentes, busqué una ilustración para explicar los ímpetus tan diferentes en los temperamentos humanos. Encontré una analogía apropiada en un supermercado. Imagínese que está en un supermercado empujando un carrito por uno de los pasillos. Usted le da un empujoncito, y éste se mueve suavemente por lo menos unos tres metros hacia delante y luego se detiene poco a poco. Usted camina por su lado y alegremente lanza adentro las latas de sopa, la salsa de tomate y las hogazas de pan. Comprar la comida es una tarea tan fácil, porque aun cuando el carrito esté lleno de cosas, puede dirigírsele con un dedo.

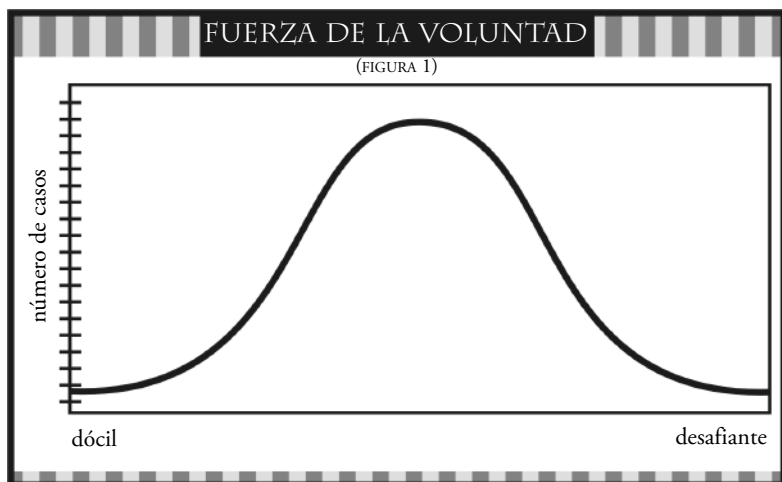
Pero comprar la comida no siempre es un gran gozo. En otras ocasiones, usted escoge un carrito que siniestramente está esperando su llegada a la entrada del supermercado. Cuando empuja el tonto aparato hacia delante, éste se va hacia la izquierda y tira un montón de botellas que están apiladas. Rehusándose a ser vencido por la fuerza por un carrito vacío, lo empuja con todo su peso tomándolo de la manija, peleando con desesperación para mantenerlo en su curso. Parece tener voluntad propia cuando sale disparado hacia donde están los huevos y luego retrocede a toda velocidad en dirección a una abuela aterrorizada que usa zapatillas de tenis verdes. Usted está tratando de hacer la tarea de comprar los comestibles que hizo la semana pasada con toda facilidad, pero hoy la labor se parece más a un combate. Ha quedado exhausto para cuando arrea el rebelde carrito hacia la caja registradora.



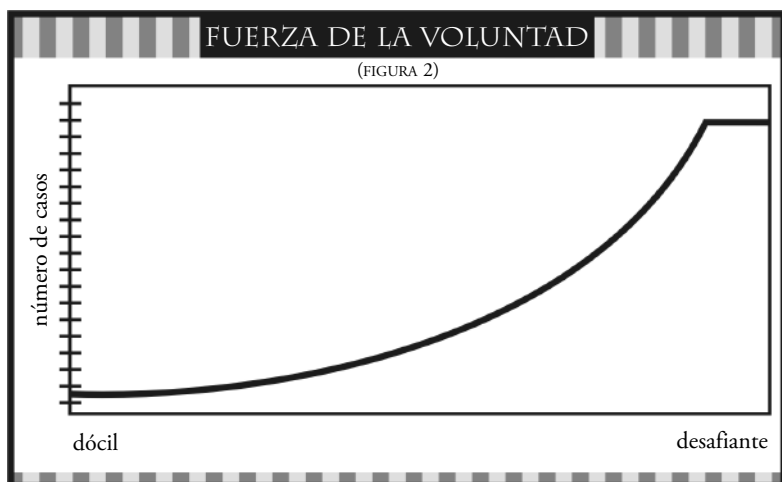
¿Cuál es la diferencia entre los dos carritos? Obviamente, uno tiene las ruedas derechas y bien aceitadas que van a donde se las guía. El otro tiene ruedas torcidas que se niegan a ceder.

¿Capta la analogía? Es mejor que lo enfrentemos; ¿algunos niños tienen las ruedas torcidas! No quieren ir hacia donde se les guía, porque sus propias inclinaciones los llevan en otras direcciones. Además, el padre o la madre que empuja el carrito debe usar siete veces más energía para hacer que éste se mueva, comparado con el padre de un hijo con las ruedas derechas. (Sólo los padres de hijos de voluntad firme van a entender totalmente el significado de esta ilustración).

Entonces, ¿cómo se distribuye la fuerza de la voluntad entre los niños? Mi suposición original fue que este aspecto del temperamento humano está representado por una típica curva en forma de campana. En otras palabras, di por sentado que un número relativamente pequeño de niños muy sumisos aparecía en un extremo del gráfico, y que un número igualmente pequeño de niños desafiantes se representaba en el otro. Es probable que el resto, que comprendía la mayoría, caía en algún lugar cerca del medio de la distribución, de esta forma:



Sin embargo, después de haber hablado con por lo menos 100.000 padres agobiados, estoy convencido de que mi suposición estaba errada. Es probable que la verdadera distribución se vea de esta forma:



No tome esta observación en forma demasiado literal. Tal vez sólo parezca que la mayoría de los niños que comienzan a caminar son anarquistas declarados. Más aun, hay un fenómeno relacionado con respecto a las relaciones entre hermanos que nunca he podido explicar. Cuando hay dos niños en una familia, es probable que uno sea dócil y el otro desafiante. Quién sabe por qué es así. Helos allí, dos niños nacidos de los mismos padres, pero tan diferentes como si hubieran venido de planetas distintos. Uno se acurruca cuando usted lo abraza, y el otro le da un puntapié en el estómago. Uno es un verdadero amor, y el otro marcha por la vida como lava hirviendo. Uno sigue las órdenes, y el otro las da. Es bastante obvio que marchan al compás de músicas diferentes.

El ex presidente de los Estados Unidos, Franklin Roosevelt, claramente fue un niño de voluntad firme y creció para ser un hombre de voluntad muy firme. Cuando era niño, una vez ató una cuerda a lo ancho de la parte superior de las escaleras, donde no se podía ver. Como era de prever, su niñera pasó por allí llevando una bandeja con la cena y tropezó, cayendo en lo que debe haber sido una caída espectacular escaleras abajo. Los archivos no registran qué castigo sufrió por esta travesura malvada. Sin embargo, se nos dice que Franklin era muy mandón con sus compañeros y que le gustaba ganar en todo. Cuando una vez lo regañaron por la forma en que trataba a los otros niños, dijo: «Mamá, si no les diera órdenes, nada sucedería»¹. Ése es un niño de voluntad firme.

Las diferencias en temperamento a menudo causan serios problemas relacionales en una familia. El niño de voluntad firme enfrenta constante disciplina y está sujeto a muchas amenazas y sermones en los que se le habla señalándolo con el índice, mientras que su angelical hermano, el santito, lustra su aureola y se sumerge en el calor de la aprobación de sus padres. Debido a la divergente naturaleza de sus personalidades, se enfrentan el uno al otro y tal vez vivan toda una vida peleándose. (En el capítulo 9 presento sugerencias específicas en cuanto al problema de la rivalidad y el conflicto entre hermanos).

He descrito la forma en que los niños más fuertes enfrentan la vida. Veamos rápidamente al niño de trato fácil, que pasa la mayor parte del tiempo tratando de hacer que sus padres sean felices. En realidad, este niño necesita que sus padres lo alaben y le den su aprobación; así pues, su personalidad está muy influida por este deseo de ganar el afecto y el reconocimiento de ellos. Una palabra de desaprobación o aun que sus padres frunzan el entrecejo levemente lo puede perturbar. Este niño es una persona que ama, no una que pelea.

Hace unos pocos años hablé con la madre de uno de estos niños agradables. Ella estaba preocupada por las dificultades que su hijo tenía en la guardería infantil. Cada día era acosado por los niños más agresivos, pero no estaba en él defenderse. Así que, todas las tardes, cuando su madre venía a buscarlo, el niño había sido golpeado y acosado por esos otros niños. Aun las niñas se estaban uniendo a esa diversión.

«Debes defenderte», le decía su madre una y otra vez. «¡Esos otros niños no van a dejar de pegarte hasta que los detengas!»

Todos los días ella instaba a su amoroso niño a que fuera más firme y enérgico, pero eso contradecía a su naturaleza. Finalmente, la frustración de este niño llegó a tal punto que comenzó a buscar el valor para seguir el consejo de su madre. Una mañana, mientras iban camino a la escuela, él dijo: «Mamá, si esos niños me molestan hoy otra vez, ¡les... les... les voy a pegar! Suavecito».

¿Cómo le pega uno a alguien «suavecito»? No lo sé, pero eso tuvo sentido para este niño dócil. Él no quería hacer uso de más fuerza que la que fuera absolutamente necesaria para sobrevivir. ¿Por qué? Porque la suya era una naturaleza que amaba la paz. Sus padres no le enseñaron eso, era algo que estaba muy arraigado en su psique.

Debo dejar bien claro que el niño dócil no es necesariamente un niño debilucho o sin carácter. Ese hecho es muy importante para que podamos entender su naturaleza y la forma en que se diferencia de su

hermano o hermana de voluntad firme. La distinción entre los dos no es un asunto de confianza, de disposición a tomar riesgos, de personalidades brillantes o de otras características deseables. Más bien, el asunto que estamos considerando aquí se enfoca en la fuerza de la voluntad, en la inclinación de algunos niños a resistir la autoridad y a determinar su propio curso, en comparación a aquellos que están dispuestos a ser guiados. Mi suposición es que estos temperamentos están en los niños antes de su nacimiento y que no tienen que ser cultivados o alentados. Se darán a conocer bien pronto.

De paso, quiero decir que hay otra categoría de temperamentos en los niños que los padres van a reconocer instantáneamente. Estos niños no son en realidad de voluntad firme, por lo menos, su seguridad en sí mismos no se expresa de la misma manera. La distinción aquí no es de independencia y agresividad. Es un asunto de táctica. Rara vez desafían la autoridad de sus padres o de sus maestros en forma obstinada, pero aun así son voluntariosos. Yo los llamo «solapados». Los adultos creen que estos niños siguen el programa, pero por dentro hay subversión en marcha. Cuando nadie los ve, rompen las reglas y se salen de los límites. Cuando los pescan, como sucede inevitablemente, pueden mentir, o racionalizar o tratan de ocultar la evidencia. La manera apropiada de tratar a estos niños no es muy diferente de la de tratar a los niños de voluntad firme. Tarde o temprano, se puede esperar que su obstinación salga a la luz, por lo general durante los primeros años de la adolescencia. Es entonces cuando decimos: «¡Cuidado! Se acerca el peligro».

Voy a cerrar este capítulo de introducción ofreciendo dos observaciones más para los padres que están criando hijos de voluntad firme. En primer lugar, es muy común que estos padres sientan mucha culpa y que se condenen a sí mismos. Se están esforzando mucho en ser buenos padres, pero la lucha por el control que se desarrolla en el hogar día tras día los deja frustrados y cansados. Nadie les dijo que criar hijos sería tan difícil, y se culpan por la tensión que se levanta en el hogar. Habían planeado ser padres muy amorosos y eficientes, leyéndoles cuentos de hadas al lado de la chimenea a sus angelitos vestidos con pijamas, quienes después se irían felices a la cama. La diferencia entre la vida como es y la vida como debería ser es angustiante. Hablaremos más sobre esto dentro de poco.

En segundo lugar, he descubierto que los padres de los niños dóciles no entienden a sus amigos que tienen niños que los desafían. Intensifican el sentido de culpa y de vergüenza insinuando: «Si criaras



a tus hijos de la forma que yo crío a los míos, no tendrías esos terribles problemas». Quiero decirles a ambos grupos que los niños de voluntad firme son difíciles de manejar aun cuando sus padres cumplen con sus responsabilidades con gran destreza y dedicación. Tal vez tome varios años traer a ese pequeño a un punto de obediencia y cooperación relativas dentro de la unidad familiar, y de hecho, un niño de voluntad firme va a ser una persona de voluntad firme toda su vida. Si bien a tal niño se le puede y se le debe enseñar a respetar la autoridad y a vivir en armonía con sus vecinos, siempre va a tener un temperamento fuerte y dinámico. Eso no es malo. Simplemente «es así». Durante los años de la niñez, es importante que los padres no se dejen llevar por el pánico. No trate, de la noche a la mañana, de «arreglar» a su hijo de carácter más fuerte. Trate a ese hijo con amor sincero y con dignidad, pero exíjale que siga su liderazgo. Escoja con cuidado los asuntos que valen la pena enfrentar, y luego acepte su desafío en esos asuntos y gane con decisión. Recompense cada gesto positivo o de cooperación que hace su hijo ofreciéndole su atención, afecto y palabras de alabanza. Luego tome dos aspirinas y llámeme en la mañana.

Bien, éste es el tema de nuestra discusión. En los siguientes capítulos vamos a explorar maneras de guiar a esos niños fuertes, enfoques para disciplinar en cada edad, y razones por las cuales su hijo o hija es como es, y muchos otros aspectos de la crianza de los hijos. Hay tanto que contar.

Sin embargo, antes de seguir adelante, permítame ponerlo al día en cuanto a nuestro pequeño perro salchicha, Siggie, sobre el cual las personas todavía me preguntan. Este agradable perro vivió diecisiete años y trajo mucha alegría a nuestra familia, a pesar de sus tendencias revolucionarias. Poco antes que muriera, unos adolescentes pasaron en su automóvil por nuestro vecindario a las tres de la madrugada y arrojaron a una desventurada cachorrita a la calle. Esta perrita se apareció a nuestra puerta de mañana, asustada, hambrienta y perdida. En ese momento no queríamos otro perro, aunque Siggie ya estaba muy viejo. No teníamos interés en ser dueños de una perra callejera que no era de ninguna raza definida. Sin embargo, no pudimos llevarla a la perrera. Mientras tratábamos de encontrarle otro hogar, todos nos enamoramos perdidamente de este animal gentil y vulnerable a quien nuestra hija llamó Mindy.

Mindy creció y se convirtió en el animal más hermoso y noble que jamás he tenido. Su voluntad era hacer lo que sus dueños querían. Tal



vez debido a los horrores desconocidos que experimentó cuando era una cachorrita, no podía soportar ninguna expresión de desaprobación de mi parte. Si la regañaba, saltaba a mis rodillas y escondía los ojos en mis brazos. Lo único que deseaba era estar con sus compañeros humanos. Muchas veces, mientras estaba en mi escritorio leyendo o estudiando, Mindy venía sin hacer ruido y colocaba la cabeza sobre mis rodillas. Les digo que cualquier ser viviente con esa clase de necesidad es mi debilidad. Cuando tenía que estar afuera, Mindy se sentaba y nos miraba a través de la ventana de la sala de estar. Mi esposa se sentía incómoda con los ojos suplicantes color café de la perra que seguía cada uno de sus movimientos, así que cerraba las persianas. Entonces, exasperada, Shirley mascullaba: «Mindy, ¿encuentra algo que hacer!».

Varios años más tarde ocurrió un incidente que ilustra la naturaleza dulce de Mindy. Nuestra familia había salido para unas vacaciones de dos semanas y dejamos

a Mindy sola en el patio. Un muchacho vecino venía a nuestra casa una vez por día para darle de comer y darle agua fresca. Así que sus necesidades físicas estaban siendo satisfechas, pero subestimamos la soledad que debió experimentar en esos catorce días. ¿Por qué entonces esta perra de veinte kilos de peso iría al garaje y buscaría en las cajas de los



juguetes que nuestros hijos Danae y Ryan ya no usaban? Ella encontró los animales de peluche que hacía mucho tiempo habían sido descartados y los trajo uno por uno a su cama cerca de la casa. Cuando llegamos a casa, Mindy estaba acostada sobre su frazada con ocho de estos animales de peluche colocados frente a ella.

¡Lo sé, lo sé! Ningún perro merece el afecto que mi familia depositó en este animal, y tal vez algunos de mis lectores piensen que era una tontería. Sin embargo, yo creo que Dios diseñó a esta especie específicamente

para que sean compañeros devotos del hombre. (¿Quién sabe por qué el Señor hizo a los gatos?) Sorprendentemente, se cree que la tasa de muertes de personas que han perdido a su cónyuge es quinientas veces menor durante el primer año para los que tienen un perro. Siga mi consejo: Si necesita a alguien a quien amar, ¡vaya a la perrera más cercana y busque un cachorrito peludo que va a pensar que usted es el mejor dueño del mundo! Eso es lo que Mindy pensó de la familia Dobson.

Pero, ay, este hermoso animal también ha muerto. Mi esposa Shirley la llamó un día y ella no vino. Eso nunca había sucedido antes. La encontramos yaciendo al costado de la casa, donde había caído. Mindy murió de un linfoma que se le había esparcido por todo el cuerpo. Así terminó una relación amorosa de doce años entre una devota perra y sus afectuosos amos. Adiós, gentil amiga.

He contado estas dos historias perrunas describiendo a Siggie y a Mindy, para ilustrar la diferencia en los temperamentos entre dos animales que hemos amado. Uno de ellos estaba determinado a manejar el mundo y el otro estaba loco de alegría simplemente con ser parte de la familia. Representaban extremos opuestos del universo canino.

Bueno, espero que la analogía sea clara. En este libro no nos estamos centrando en perros, sino en las personalidades variadas e infinitamente complejas de los niños. En los capítulos siguientes vamos a hablar acerca de lo que significan esos temperamentos para los padres y la forma en que comprenderlos nos ayudan a criar a nuestros hijos de manera apropiada.

(De paso, sólo estaba haciendo una broma cuando pregunté por qué Dios había creado a los gatos. De veras, no hablaba en serio. Por favor, no escriban diciéndome cosas odiosas. Al igual que Mindy, no puedo soportar las críticas).

